

EL METRO DE MARBELLA



PRÓLOGO

Recuerdo de niño que un día estaba en la fiesta de cumpleaños de unos amigos (eran varios hermanos, no recuerdo de cuál de ellos era el cumpleaños). Supongo que sería un sábado o así. Había un montón de niños y algunos cuantos mayores que tomaban unas copas en animada charla mientras nosotros jugábamos por casi toda la casa. Había un cuarto infantil en el que una buena parte de los niños saltaban desde un mueble junto a la cama como si de una operación de salvamento se tratara, por lo cual los niños se amontonaban en la cama. Me tocó saltar a mi, con tan mala fortuna que caí encima del pie de una niña, que seguidamente fue berreando hacia el salón de los mayores y al cabo del rato se presentó un señor tipo años 70 con la niña de la mano mientras que con la otra mano la niña me señalaba entre un ramillete de niños alrededor de la cama y el mueble. Su padre, con su peinado enorme lacado y sus enormes patillas, le preguntaba a la niña que quién había sido. Yo me escondí detrás de un niño que recuerdo que se llamaba Fermín al que le llevaba como una cabeza, por lo cual me agaché. La puñetera niña se adelantó con el padre de la mano señalando hacia las rodillas de Fermín, avanzando

también el padre con sus pantalones de pata de elefante y su lacada melenilla al viento. Me escondí debajo de la cama. Sobre mi cabeza seguían cayendo niños que se tiraban del mueble y oía el rechinar de los muelles muy cerca. Entonces oí clara la voz:

-¡Pero Currita! ¿Quién es el niño? -entre el jolgorio infantil. Entonces se levantó el faldón de la cama y vi a la niña agachada señalándome de nuevo, exclamando:

-¡Papá, aquí está! -con voz gritona.

Entonces vi apartarse a la niña y una mano enorme que se me acercaba debajo de la cama, cuando se oyó una voz femenina adulta que dijo:

-¡Papuchi, vámonos ya, que mañana tenemos que ir a comer a casa a de los Menéndez!

Entonces la mano se retiró y salió de debajo de la cama. La mujer de Papuchi me había librado sin quererlo de la garra de su amenazante marido. Al salir de debajo de la cama, no sin cierta precaución por si estaba aún asomado a la puerta con su adorable niña señalándome como a un gusano que se desliza de debajo de la cama, hice un “¡buuuffff!”... cuando Fermín cayó sobre mi cabeza desde el mueble-lanzadera.

Este relato ocurrido hacia principios de los 70 me ha dejado siempre en la duda de qué hubiese pasado sin la providencial voz de la mujer de Papuchi y madre de Currita, o si los Menéndez, que también estaban en el salón, hubiesen anulado la cita para comer el domingo: que probablemente Fermín no me habría producido un enorme chichón saltando desde el mueble a la cama (además el cabrón no se hizo nada y se fue como si nada a saltar de nuevo). Pero a cambio, lo más seguro es que el padre de Currita me habría sacado de debajo de la cama con su enorme garra y... nunca sabré qué hu-